

# LA ILUSTRACION CATOLICA



## PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

## PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS  
DE

JOSÉ AMALIO MUÑOZ  
FUNDADOR

ADMINISTRACION: Cava Baja, número 40, segundo

## PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO III.

Madrid 28 de Marzo de 1879

NÚMERO 36

## SUMARIO

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—D. Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera, por D. Gabino Tejado.—Tres ángeles en la tierra, por D. Aureliano Fernández-Guerra.—El órgano, por V. Suarez Capalleja.—El Salmo Miserere, por D. Fernando de la Vera é Isla.—Los grabados, por V.—Un día de viaje, por D. C. Soler y Arqués.—El Castillo de Terciopelo, novela de Paul Feval, traducción de Doña Balbina Antúnez.—Miscelánea.—Anécdotas.—Jeroglífico.

GRABADOS: Retrato del Ilmo. Sr. D. Apolinar Serrano Diez, Obispo de la Habana (fallecido el 15 de Junio de 1876).—La Anunciación de Nuestra Señora (cuadro de Zuccaro).

## REVISTA

Los hombres públicos están en movimiento como bandada de mariposas sobre las flores de un jardín, ó, más bien, como enjambre de abejas alrededor de una colmena.

Preciso es reconocer que el gobierno ha obrado con gran acierto convocando los comicios en plena primavera. Cuando la naturaleza comienza á bullir, se abren las flores, y los pájaros, mudos en el invierno, recobran su canto; la vida política se reanima, se abren las flores de mil esperanzas de triunfo, y los oradores, callados durante la crisis, se disponen á dar á los cuatro vientos los trinos de su elocuencia.

Las próximas elecciones, á juzgar por los preparativos, van á ser muy animadas: pasan de algunos miles los pretendientes que solicitan los favores de la opinion pública, y como esta señora es dama muy esquiva, por fuerza ha de haber muchas calabazas.

Esto quiere decir que vendrán juntos los dones de Abril y de Agosto.

También las cosas de Francia siguen un curso muy precipitado, y el mismo M. Gambetta no se halla muy tranquilo en su poltrona parlamentaria.

Los héroes de la Commune van ganando terreno, mientras las olas de la demagogia minan los cimientos de la sociedad francesa. Por de pronto los radicales victoriosos, han emprendido una guerra cruel contra la Iglesia, y se vengan de antiguas derrotas persiguiendo de muerte á los sacerdotes católicos y á las comunidades religiosas.

La persecucion ha llegado á tal extremo, que M. Saint-Genert, uno de los principales redactores del Figaro, periódico nada sospechoso de ultramontanismo, ha publicado en este diario, muy leído en la nacion vecina, un artículo protestando contra la conjuracion de la impiedad que así se ensaña en



RETRATO DEL ILMO. SR. DON APOLINAR SERRANO DIEZ, OBISPO DE LA HABANA,  
FALLECIDO EL 15 DE JUNIO DE 1876



las instituciones católicas de Francia. El artículo ha causado tan honda impresion en Europa, que no podemos resistir al deseo de transcribir algunos de sus párrafos.

El articulista refiere varios rasgos heroicos del clero francés durante la guerra, y despues añade:

«Cuando se compara lo que ha producido el espíritu revolucionario con lo que ha producido la fé; cuando por un lado se considera esta debilidad de nuestros paisanos, de nuestros obreros, de nuestros aldeanos, y por otro, el heroismo de nuestros sacerdotes y de nuestras religiosas, teniendo la misma sangre en las venas, siendo la misma raza, se llega á esta conclusion: la religion da una fuerza especial para defender la patria.

Esta fuerza descansa sobre lo más sublime que existe, en el desprecio de la muerte.

¿Qué debería, por consiguiente, suceder? Los republicanos deberían decir: á la religion en Francia, aunque sea un absurdo, no debemos tocar en este momento, puesto que comunica á los que la profesan esa especie de locura que les da un valor indomable ante el peligro. Sirvámonos de sus sacerdotes y de sus religiosas para defender el territorio, como nos servimos de los Hermanos de San Juan de Dios y de las Hermanas del Calvario para cuidar á los Incurables.

Ha llegado la hora elegida por los que se llaman patriotas para perseguir la religion, esto es, para intentar destruir el sentimiento que enseña el desprecio de la muerte, el sentimiento que obliga á este sacerdote á ocupar el puesto de los rehenes, el sentimiento que conserva en medio de las llamas al sacerdote de Freschwiller. En una palabra, el sentimiento que mantiene en pié á todos los hombres de Dios en medio de la debilidad de las poblaciones.

En cuanto á mí, todo lo que puedo decir es que cuando se han recorrido estos relatos y el espíritu encuéntrase todavía lleno de estas escenas de heroismo, se ve por do quiera á nuestros sacerdotes errantes, perseguidos como culpables; cuando se dice que aquel que pasa por allí es tal vez uno de aquellos cuya historia acaba de leerse, al recordar las palabras del Divino Maestro, se enciende el deseo de dirigirse á este pueblo, gritándole:

«Ellos han hecho muchas y muy buenas obras entre vosotros; ¿por cuál de ellas los apedreais?»

Repetimos que el autor del artículo es M. Saint-Genert, redactor del *Figaro*.

Ahora júzguese de la situacion de Francia y de las nuevas palmas de martirio que esperan á la Iglesia católica. Afortunadamente, las puertas del infierno no podrán prevalecer contra ella, y despues de la pasion crudelísima vendrá la resurreccion gloriosa.

\*\*\*

Las novedades religiosas de estos dias de Cuaresma son las Santas Misiones y los Ejercicios espirituales. En muchas poblaciones de España se están celebrando con extraordinario fruto, y en Madrid, las iglesias se hallan muy concurridas y frecuentadas de los fieles.

En la *Juventud Católica* ha dado ejercicios el P. Torres, provincial de la Compañía de Jesús, y al oír aquella palabra tan dulce, tan correcta, tan elegante, tan persuasiva, nadie diría que estábamos en plena decadencia religiosa y literaria. El P. Torres habla como el P. Granada ó como el P. Rivadeneira; es un hablista de primer orden, un sábio á toda prueba, y un varon de Dios, cuyo alto pensamiento y alma generosa están al servicio de los débiles y necesitados.

La religion es como un arca preciosa donde se guardan y conservan los tesoros de las ciencias y de las artes. Por eso en medio de la decadencia en que perecemos, son los representantes de la verdadera sabiduría y de las bellas letras los hombres religiosos consagrados al servicio de Dios y de la Iglesia.

\*\*\*

Nuestros lectores no extrañarán, seguramente, el silencio que ahora guardamos sobre diversiones públicas.

A excepcion de los conciertos de que hablamos en la última revista, los demás espectáculos madrileños languidecen con la Cuaresma y con la brevedad de las noches.

Casi todos los teatros comienzan á preparar un fin de fiesta, y el de la Ópera está, como quien dice, cantando el ária final.

La primavera abre los paseos cuando se cierran los teatros; las damas elegantes y las lechuguinas, lucen sus galas á los rayos del sol cuando se amortiguan los mecheros de gas.

La higiene sale en esto gananciosa, porque nada más nocivo que la atmósfera cargada de los teatros, ni nada más saludable que los paseos en la primavera.

Busquemos en los aires puros del campo la salud que nos roban los trabajos de la vida madrileña, y olvidemos en nuestros paseos á presencia de las flores y de los campos que verdean, las intrigas de la corte y las vanidades de la moda.

V. P. NULEMA.

### D. GONZALO GONZALEZ DE LA GONZALERA

Así se titula el último poema montañés que España debe al fecundo ingenio de nuestro querido amigo D. José María de Pereda.

Conocemos por de pronto al protagonista D. Gonzalo, y puesto que no le conociésemos, el pintor le ha retratado tan acabadamente, que la mejor fotografía no lo hubiera hecho igual. Es, en efecto, el digno hijo de Anton Bragas; es el rapazuelo Colás, que en la fragua donde tiraba del fuelle, soñó un mundo más limpio y menos trabajoso, fuése á buscarle en América, sepultóse allí en una tienda de refino, donde durante veinte años «no le dió el sol más que los domingos», subió de hortería á propietario de una renta de tres mil duros, volviéndose á Coterruco, su tierra natal, donde con levita y sin religion, barnizado de caballero, ocioso, vano, *cursi*, ignorante, Colás por naturaleza, bien que D. Gonzalo por obra y gracia de su postiza señoría, se afinó y labró el trono de sus glorias, satisfecho de ser «primero entre los primeros, allí donde le habian conocido el último de los últimos.» Es, en suma, tipo ejemplar de aquella raza de advenedizos, á quienes llamaban nuestros padres «el indiano», pero ribeteado con todos los vicios y ridiculeces de esta cultura grosera que en el mentiroso vocabulario de nuestras costumbres se llama *ilustracion*.

Reverso de esta medalla es D. Roman Perez de la Llosia, hidalgo montañés por todos cuatro costados, engerto en *García del Castañar*, más moral que moralista, de veras culto, bueno á la buena de Dios, y de discrecion tan probada como quien pudiendo por sus haberes vivir á lo cortesano, se encierra en su nativo lugarejo, donde poniendo escuela práctica de sanas costumbres, enseña con el ejemplo á los labriegos de su tertulia el amor de Dios, y «á trabajar cada cual en sus haciendas para llenar el desvan de panojas y el pajar de buena hierba.»

En la esfera cuyos dos movimientos simultáneos, de rotacion concéntrica el uno, y elíptica el otro, nos muestra el autor, esas dos figuras, son los polos del eje. Su ecuador, si cabe decirlo así, es el cura de Coterruco, el cual «no era un santo, ni blasonaba de serlo, y para sabio le faltaba mucho; pero era virtuoso, infatigable en el ejercicio de su delicado ministerio, y no carecia de elocuencia persuasiva para dirigir frecuentes y oportunas pláticas á sus feligreses; daba á los pobres cuanto le sobraba y algo más, y no se separaba de la cabecera de los enfermos en peligro de muerte. Sus recreos eran bien sencillos: cultivar un huerto que tenía, pasear por las praderas del valle, subir á Carrascosa y estar allí dos horas contemplando el paisaje, hacer de vez en cuando una visita á D. Roman, que le apreciaba mucho, ó quedarse en el pórtico de la Iglesia ó en mitad de la mies, echando un párrafo sobre la siembra, la cosecha ó el ganado, si habia quien se mostrara gustoso en hablar de ello. Ni más taberna, ni más baraja, ni más escopeta, ni más tertulia.»

Así pintaba Velazquez. Todos los demás personajes del poema, bocetos los unos, retratos vivos los otros, y todos dignos del pincel de Theniers, son rádios que en la primera mitad de este globo se nos muestran tendiendo del ecuador, ó sea el cura, á D. Roman, polo Artico, así como en la segunda mitad, desviados de su centro de convergencia, se

precipitan desordenadamente en el polo Antártico, ó sea en el mentecato D. Gonzalo, cuya vanidad, en parte motor de otros muchos simples, en parte instrumento de algunos bellacos, logra convertir en un infierno de crápula, de sangre y de miseria, el ántes próspero y pacífico y morigerado paraíso de Coterruco.

Y no se canse el curioso lector buscando en el mapa este pueblo, porque «pertenece á la geografía moral de la montaña, del uso privativo del novelista;» es decir, de Pereda, que como Walter Scott en su Escocia, ha domiciliado resueltamente su musa en los riscos de Cantábría. Pero así como el autor del *Waverley*, no siempre desde su encumbrado nido paterno se limitó á volar bajo el cielo que le cubría, así tambien el autor de las *Escenas montañesas*, que ya desde su pátrio vericueto habia medido tan ancho espacio moral como abrazan sus *Bocetos al temple*, sus *Tipos trashumantes* y su *Buey suelto*, ha salido hoy á cernerse en la region político-social, donde tantas águilas caudales se han mareado.

En esta su arriesgada excursion, Pereda ha tenido el acierto de no tomar del águila sino la mirada, no la garra impía que se ensangrienta en inocentes pajarillos, ántes bien, á ejemplo de éstos, se ha empleado en devorar las sabandijas que aquella region infestan. Digo con esto, que sin salir de su montaña, el autor de *Don Gonzalo* ha visto mucho, y ha hecho mucho bien.

Si se nos pidiera para esta su última obra un título expresivo de la intencion que se la ha inspirado, nos ocurriría quizás llamarla: *Las fuentes del Nilo*. Por esta vez, en efecto, Pereda se nos muestra explorador valeroso de los instintos ruines ó feroces, más ó menos escondidos en el antro cenagoso de este incorregible idiota á quien llamamos el vulgo, y que removidos por la astucia de perversos minadores, salen primero á flor de tierra como fuentecilla casi invisible, para convertirse muy luego en arroyo, y no tarde en aluvion que inunda y devasta cuanto encuentra en su camino. Coterruco es la fuentecilla que descubre Pereda en un rincón de su montaña: su poema es el mapa donde va él trazando los crecimientos de la corriente, y no hay sino seguirla con vista dócil y buena voluntad para recibir una luminosa leccion práctica de cómo se corrompe á todo un pueblo.

Bajo el pincel vigoroso de este montañés, que verdaderamente sabe tan á maravilla dónde le aprieta el zapato, ofrécese á los ojos del espectador ménos atento todo un panorama de la civilizacion moderna. Figúrome aquí al pintor, encaramado sobre uno de los más altos riscos en donde él recoge, para aprisionarlos en su paleta, rasgos, colores y matices, y que de súbito, mientras delinea los contornos del ameno valle tendido á sus plantas, ve surgir del fondo un ténue vaporcillo, que se extiende, y se condensa, y se inflama, y ruje, y al fin se desata en asolador torrente de granizo y de rayos.

Pues de todo este espectáculo, formará el artista su composicion, y en un lienzo de no grandes dimensiones (ó sea en un tomo de quinientas páginas escasas), nos dará un paisaje, con toda la variedad de escenas por él contempladas. Allí estará la verde pradera y el árida roca; allí el manso arroyuelo y el torrente desbordado; allí la gasa leve de la bruma vespertina y los horrores de la negra tempestad. Y todo sin confusion, cada escena en su lugar propio, conspirando á la unidad del paisaje, y lo que aún vale más, por entre todas las figuras de tan vário cuadro, asomándose el alma del pintor, tierna y varonil.

Porque Pereda posee, como pocos escritores de su género, el arte difícilísimo de hallar la poesia en el seno de la realidad. Sabe enternecer, á veces, con un epigrama; para hacer amable la campiña, no há menester el recurso vulgar de los idilios inverosímiles; para hacer odiosas las deformidades del humano corazon, no le hacen falta las palabrotas sexquipedales. Lo propio en el orden físico que en el moral, sabe coger *infraganti*, por decirlo así, á la naturaleza, y arrancarla cuanto en ella hay siempre misterioso para la mente y para el corazon. Cierta alguna vez parece como que la descarna, como que se complace en hacerla enseñar los huesos; pero jamás la desfigura; y en todo caso, lícito es pecar un tanto de *realista* cuando se



sienten bríos para serlo á lo Murillo ó á lo Goya.

Sobre todo, Pereda es, en nuestra literatura contemporánea, y entre los escritores de costumbres, una de las más vivas y elocuentes protestas contra la raza de literatos que aman el arte por el arte. Cuanto Pereda es y tiene como escritor, lo pone él siempre por escolta de lo útil. Junto con la idea trascendental que en este su último libro se propone y dejamos ya indicada, se debate y resuelve un punto importantísimo, de orden, ¿quién lo diría? económico. Don Roman Perez de la Llosia, es una viva lección de cuanto los economistas enseñan sobre los males del *absenteismo*: el espectáculo de los bienes que su palabra y su ejemplo producen á los campesinos de Coterruco, es una práctica reconvencción á los hacendados que abandonan en manos mercenarias el influjo patriarcal que por derecho y obligación les corresponde, para disipar sus rentas y su salud y su honor y su alma en la vida ociosa y muelle de las grandes poblaciones. Verdad es que por contera de esta lección, vemos al buen don Roman teniendo al fin que emigrar de sus patrios lares á impulso de violencias políticas; pero esto mismo contiene una enseñanza muy útil sobre el influjo decisivo que en la vida económico-social ejerce inevitablemente la autoridad pública.

En resumen, *Don Gonzalo González de la Gonzalera* es una fábula, bien que arrancada de las profundidades de la historia, y que bajo la apariencia modestísima de un cuadro de costumbres montañesas, contiene todo un tratado doctrinal y aún polémico de economía política trascendente. Y con ser cosa tan grave en sí, es sin embargo la obra que, entre todas las hasta hoy publicadas de su autor, nos da mayor y mejor muestra de su genio inventivo, de su castiza prosa, de su estilo ameno, de su musa decentemente epigramática, de su diálogo incomparable, de la pintoresca sobriedad con que sabe retratar caracteres, y sobre todo esto, del casi religioso culto que de todas estas dotes morales y literarias tiene él consagrado á la tierra que bien puede honrarse de contarle entre sus hijos.

Pocas veces, por desgracia, se ofrece ocasión de dejar á la pluma del crítico recorrer tan holgada ni tan justamente la dulce región de las alabanzas. Y queremos decirlo todo. Si en España hubiese tantos católicos ricos, como hay ricos bautizados en pila católica, de este libro de Pereda se harían ediciones de cientos de miles de ejemplares para que pródigamente circularan en estrados y cocinas, en cabañas y palacios, en ferias y estaciones de ferrocarriles.

No conocemos muchos libros de lectura tan sabrosa; conocemos algunos más ostentosos de condiciones que llamaré académicas; ninguno, absolutamente ninguno, que le exceda en utilidad.

GABINO TEJADO.

## TRES ÁNGELES EN LA TIERRA

Las Musas, revolvedoras muchachas de sempiterna juventud, y amigas de salirse con su gusto, no le tienen de los que peinamos canas; y andan, además, en estos días, celosas las nueve, de otra por quien siento predilección notoria. Sordas á mis ruegos las seculares, se han propuesto deslucirme ante su rival. ¡Cómo ha de ser! Pagaré contando á mi nueva musa tres historias verdaderas.

Érase una niña como un pino de oro; prendóse de ella un rey, llegaron ambos á sentir el primer amor, á confundir en uno solo sus corazones; partieron un mismo tálamo y un mismo trono, y la felicidad les seguía los pasos, alfombrándoles de rosas el camino. Golconda les prodigaba sus diamantes, perlas el Indo, esmeraldas Escitia, aromas el Sabeo, Lútecia galas, himnos las Musas, aplausos el vulgo y la árdua selva amores. De improviso la plácida reina clava los ojos en el estrellado cielo, absorta de su incomparable hermosura, y de allí no los sabe apartar. Desoye los ruegos de su madre, el clamor de los cortesanos, la enamorada voz de su esposo, y exhalada el alma vuela al espléndido cerco de los ángeles y serafines.

En Rosita idolatraban sus padres como en espejo y luz de amor filial, de peregrino ingenio, de

nosura y gracia y de virtud insigne. Pidióles á deshora licencia para ser esposa de Cristo. ¿Y nos dejarás en soledad y abandono? ¿Y á los desvelos y solicitud de la que te dió el ser, no responderás siendo su alegría, su apoyo y su descanso? ¿Ni esperarás á que tu hermana menor, de quien tú cuidas, salga de la infancia? Rosita bajó la cabeza y esperó. Tres años despues la recibía el claustro llena de júbilo indescriptible; gozosa vino á perder al filo de la tijera sus blondos y perfumados cabellos, á trocar por el áspero sayal las galas, y á oír cerrarse la puerta del monasterio como la losa de un sepulcro. Pasó en éxtasi la breve noche; y al día siguiente, de solemnísima fiesta, cuando adoraba entre nubes de incienso la Hostia pura, santa, inmaculada, sintió que oprimía sus párpados sueño eterno, que asía de la suya la mano de Cristo, y despertó en las celestes bodas, coronada de estrellas inmortales.

Leocadia, la de africanos ojos, esbelta como la palma de Edom, sencilla y candorosa, hechizo, gala y ornamento de magníficos salones, hallaba cumplida su ambición en el cariño y respeto de su hermano, extremo de hidalguía, saber y laboriosidad. De repente le ve acometido por enfermedad traidora é incurable. Los piés del jóven no pudieron andar, ni sus manos llevar el alimento á la boca, ni casi hablar su lengua, y la memoria le abandonó. Tronco de hermoso árbol caído, á quien algunas medio tronchadas raíces prestan vida miserable y estéril. Pasan años y años, y en los pocos lúcidos intervalos, piadosa la falaz esperanza de inmediata salud le entretiene y anima. Cesó la fuente del ganar, desaparecieron los ahorros; al bienestar antiguo substituyó la creciente pobreza; al lisonjero aplauso y cortejo, la soledad y el desamparo. Todo lo sobrelleva Leocadia con heroica resignación; vive para el enfermo, y nunca se aparta de él. Ni una queja en sus labios, alguna furtiva lágrima surca rara vez su mejilla; pero siempre la sonrisa dulcifica su rostro. Puesta la voluntad en Dios, aguarda sin impaciencia la hora, muy lejana al parecer todavía, en que deshechos los lazos y cadenas terrenales, suba á recibir el premio de su acatamiento y sumisión á la Providencia divina.

Las tres angelicales criaturas sintieron el mismo irresistible deseo de alcanzar la mayor victoria.Cuál la obtuvo con sólo fijar en el cielo una mirada intensísima de gratitud y amor; y cuál, satisfaciendo primero que nada á la obediencia filial, y despues al sagrado voto. Perseverando hasta el fin, Leocadia triunfará, ejemplo de caridad y paciencia.

¿Quién penetró, jamás, en los altos juicios del Omnipotente, ó pudo ser su consejero? ¿Quién acertará á medir y clasificar en cortas ó largas, asperas ó suaves, cubiertas de azahares y rosas ó de espinas y abrojos, las sendas que guían á la cumbre donde resplandecen la vivificante alegría de una primavera eterna, la luz clarísima de una aurora perenne, y el manantial inagotable de dichas que ni sabría el labio expresar ni el entendimiento concebir?

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

## EL ÓRGANO

On n'entend pas sa voix profonde et solitaire  
Se meler, hors du temple, aux vains bruits de la terre.  
Les vierges á ses sons n'enchaínent point leur pas,  
Et le profane écho ne les respéte pas.  
Mais il élève á Dieu, dans l'ombre de l'église,  
Sa grande voix, qui s'enfle et court comme une brise.  
Et porte, en saints éfans, á la divinité  
L'hymne de la nature et de l'humanité.

LAMARTINE.—*L'Orgue.*

¿Qué cosa hay que brinde al culto católico más esplendor y poesía que el órgano? ¿Quién de los piadosos lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA, en medio de las odoríferas ondas del incienso no se ha sentido arrebatado por la armonía, que eco débil de la que resuena en la celestial Sion, deja caer en sonoras cascadas la potente voz del órgano en el majestuoso recinto de nuestras Iglesias? Ora acompañando los sagrados himnos del Horacio cristiano, ora cantando bajo la mano del artista la etérea inspiración de Mozart, Rossini ó Haydn, es el órgano el indispensable complemento de toda ceremonia religiosa.

Él, como una voz del cielo, saluda alegre al tierno infante que va á regenerarse en el agua santa del bautismo; él, quien tiernísimamente canta al oído de los esposos que van á contraer el *gran sacramento*, y él quien derrama sus lúgubres acentos y llora en los funerales de los seres queridos que vuelan á mejor morada. Albor y ocaso de la vida, alegrías de la juventud y dolores de la vejez, reciben del órgano el saludo de bienvenida, el aumento de sus gozos, y el supremo adiós de despedida.

Solamente el genio religioso ha podido hacer del órgano el maravilloso instrumento que conocemos, expresión á la vez más acabada y completa en el arte cristiano contemplado bajo la forma de culto, ofreciendo de admirable, que en virtud de un destino especial que le asocia á las más augustas é impotentes ceremonias de la espléndida liturgia católica, está también, bajo otro aspecto considerado, es decir, en el campo de la música propiamente dicha, investido de verdadera supremacía, ya como creador de la armonía, ya como generador de la orquesta y de los instrumentos de pedal, ora como creador de ciertas formas de estilo, ya finalmente á causa de la influencia general en los progresos y transformaciones del arte.

Además, el órgano resume las tradiciones eclesiásticas y litúrgicas, á las que va estrechamente unida su historia, y es además el eje en el que giran los períodos y se cumplen las revoluciones del arte musical.

Levítico por su destino, arquitectural por su forma, obra maestra del espíritu humano por su estructura, es voz y orquesta á la vez, y representa como instrumento monumental lo que de inmutable tienen las formas del canto litúrgico, que se desarrolla y modifica por el órgano y á su vez también modifica á éste.

Y sin embargo, el órgano jamás cesa de ser la voz del templo al que se halla unido, gozando un privilegio que ningún instrumento ni orquesta alguna, por muy potentes que sean, pueden con justicia disputarle.

Intermediario entre la rumorosa ciudad y el silencioso templo, lazo de unión entre el canto llano y la música, hlláase colocado entre estas dos inspiraciones, participando de una y otra, dulcificando la austeridad de la primera é imprimiendo á la segunda la majestad de la grandeza religiosa. Resume todo el arte, las tradiciones antiguas, los progresos actuales, y no sin razón la unánime voz de las edades lo ha investido de una especie de magistratura soberana apellidándole rey de los instrumentos.

¿A quién debemos atribuir la gloria de su invención? Contesté quien pueda, y el que á ello se atreva, nos dirá quien ha inventado la grandiosa arquitectura de la Edad Media, pues que como ésta, el órgano, instrumento cristiano por excelencia, es anónimo y colectivo.

Despues de haber construido las pasadas generaciones la basilica cristiana, símbolo del universo, necesitaron orar en comun en el templo y crearon el órgano, símbolo y síntesis de todos los instrumentos músicos, por cuya razón ha conservado el nombre *organum*, como al libro por excelencia se ha llamado y se llamará la Biblia. La flauta del mitológico dios Pan ajustada á un teclado con un fuelle destinado á darle vida; hé aquí el órgano primitivo.

El más antiguo que la historia moderna registra en sus anales, es el enviado en 757 por el emperador Constantino Coprónimo á Pepino el Breve, padre de Carlo-Magno, y que fué colocado en la iglesia de Sainte-Corneille de Copieigne. Este instrumento sumamente pequeño, era portátil como el construido por un árabe nombrado Giaffaz, y que fué regalado á Carlo-Magno por Aroun-al-Raschid califa de Bagdad. Un sacerdote veneciano llamado Gregorio, al parecer ha sido el primero que intentó construir órganos en Europa; en 826 Ludovico Pio le encargó la construcción de uno para la iglesia de Aix-la-Chapelle (1).

Es imposible en el corto espacio de que disponemos, seguir las transformaciones sucesivas que el órgano ha sufrido desde tiempos tan remotos has-

(1) He tomado estos datos, así como los principales pensamientos de este artículo, de otro más extenso que, con el título de *Les Orgues*, ha publicado la *Revue du Monde Catholique* en el número correspondiente al 28 de Febrero.



ta hoy: incesantes progresos van mejorando el gran instrumento religioso hasta los comienzos del pasado siglo.

Aun hoy, y á pesar del perfeccionamiento á que ha llegado el arte moderno en la construcción de este instrumento, el juego de las voces presentaba algunas dificultades, á causa de la fuerza relativamente enorme, necesaria para obtener la emisión de los sonidos, y la fragilidad excesiva de los múltiples juegos que semejante instrumento necesita. El constructor Barker había procurado obviar este inconveniente, aplicando ingeniosamente la electricidad á la trasmisión del movimiento del complicado mecanismo de este instrumento. Pero se ha visto que, á más de ser costoso el empleo de este fluido, era muy variable, especialmente en días de tempestad.

Los Sres. Fermis y Persil idearon felizmente aplicar al órgano el sistema de trasmisión por medio del aire comprimido, agente seguro y dócil, y que hoy en París reemplaza con fortuna á la electricidad.

Puede decirse que, merced á esta excelente aplicación se ha perfeccionado en lo que al hombre es posible la construcción de los órganos, y que los Sres. Fermis y Persil, según se expresa el abate Moigno, canónigo de San Dionisio, tan competente en invenciones científicas, «han conseguido un verdadero triunfo.»

V. SUAREZ CAPALLEJA.

## SALMO L DE DAVID <sup>(1)</sup>

In finem: Psalmus David, cum venit ad eum Nathan propheta, quando intravit ad Bethsabee.

Para el fin: Salmo de David, cuando habiéndose juntado ilícitamente con Bethsabee, le apostrofó el profeta Nathan.

1. *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

1. Duélete, oh Dios, de mí y escucha el grito De mi acerba aflicción, Que grande, como grande es mi delito, Pide tu compasión.

2. *Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.*

2. Y según la abundancia del potente Raudal de tu piedad, De tus misericordias el torrente Barra mi iniquidad.

3. *Amplius lava me ab iniquitate mea, et á peccato meo munda me.*

3. Lava en mí más y más todo el veneno De la maldad, que he obrado; Y límpiame del asqueroso cieno Que en mí dejó el pecado.

4. *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper.*

4. Porque conozco yo que inicuamente Tu justicia ofendí, Y tengo á mi pecado siempre enfrente Clamando contra mí.

5. *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci, us justificeris in sermonibus tuis, et vincat cum judicaris.*

5. Pequé á Tí solo: el mal en tu presencia hice, que ha de acusarme, Porque te justifique tu sentencia, Y venzas al juzgarme.

6. *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum: et in peccatis concepit me mater mea.*

6. Mira que de la culpa entre las sañas Rebeldes fui engendrado, Y, al darme sér, mi madre en sus entrañas Me concibió en pecado.

7. *Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occultata sapientia tua manifestasti mihi.*

7. Mira que un tiempo la verdad amaste De la palabra mía, Y el misterioso arcano me mostraste

De tu sabiduría.

8. *Asperges me hisso, et mundabor: lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Al rociarme con hisopo santo Dejarás mi alma pura, Me lavarás, y de la nieve al manto Excederé en blancura.

9. *Auditi meo dabis gaudium et lætitiarum: et exultabunt ossa humiliata.*

9. Palabras de alegría y alborozo Darás á mis oídos,

Sin mancha ante tu aspecto, Y en mis entrañas renovadas crea Un espíritu recto.

12. *Ne projicias me á facie tua, et Spiritum Sanctum tuum ne auferas á me.*

12. No me arrojes, Señor, de tu presencia, Y ni un solo momento de tu Espíritu Santo á mi existencia Retires el aliento.

13. *Redde mihi lætitiarum salutaris tui, et spiritu principali confirma me.*

*mea, et exultabit lingua mea justitiam tuam.*

15. Líbrame de la sangre derramada, Dios y Salvador mío, Y ensalzará mi lengua entusiasmada De tu justicia el brío.

16. *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam.*

16. Abre, Señor, mis labios hasta ahora Mudos por el dolor; Y anunciará mi boca en voz sonora Al mundo tu loor.

La angustia, oh Dios, de un corazón rendido De Tí será preciada.

19. *Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem.*

19. Haz benigno, en Sion, que glorifiquen Tu buena voluntad, Para que así los muros se edifiquen De la Santa Ciudad.

20. *Tunc acceptabis sacrificium justitiarum, oblationes et holocausta: tunc imponent super altare tuum vitulos.*

## LOS GRABADOS

Retrato del Ilmo. Sr. D. Apolinar Serrano Díez, Obispo de la Habana, fallecido el 15 de Junio de 1876, pág. 281.

Algunos de nuestros suscritores de la Habana nos han rogado que publicásemos el retrato de este ilustre y malogrado Obispo, cuya memoria se conserva en la Gran Antilla como un recuerdo de familia. Con mucho gusto hemos accedido al deseo, porque nos proponemos que sea LA ILUSTRACION CATÓLICA un álbum de recuerdos cristianos, donde se conserven vivos por el grabado los hechos y nombres gloriosos de la España antigua.

El Sr. D. Apolinar Serrano nació en Villarramiel en 23 de Julio de 1833. Cursó Leyes en la Universidad de Valladolid, y Filosofía y Letras y Teología en Madrid, dando constantes muestras de su talento y virtudes.

Ordenado de sacerdote, se consagró á la enseñanza, en la cual consumó su alta reputación, emblecida con la aureola de su mucha modestia.

Fue nombrado Fiscal eclesiástico de Avila, y luego ocupó los puestos de Provisor, Catedrático del Seminario y doctoral de aquella Iglesia.

La fama de su talento, y aún más de sus virtudes, le merecieron la mitra de la Habana, que ciñó el 18 de Enero de 1876. Tan pronto como arribó á su diócesis, comenzó á desplegar el celo de un apóstol, y víctima de él, murió como un mártir en 15 de Junio de 1876.

Pocas veces se ha visto en la Habana un luto más general: todo el mundo le lloró como á un padre, y sobre su sepulcro se postraban los fieles como ante las aras de un altar.

Pasó como un meteoro, dejando indeleble en el corazón de los habaneros la estela de su luz, resplandor de la gloria de los justos.

La Anunciación de Nuestra Señora (cuadro de Zúccaro), pág. 284 y 285.

Uno de los admirables misterios de la religión que más se ha complacido en representar la pintura cristiana, es el de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios. Los museos de Italia están llenos de estos cuadros, y bien podemos asegurar que no ha habido un gran pintor que no haya dejado entre sus mejores obras una ó varias dedicadas á representar este adorable misterio.

La Encarnación del Verbo fué la salud del mundo: ella nos trajo la vida, que es luz de los hombres, y esta vida y esta luz han restaurado todas las cosas en Cristo. ¿Qué mucho que el arte regenerado por este misterio se haya complacido en celebrar su triunfo? Y sin embargo, la representación de este misterio por el arte es cosa tan difícil, que hay pocos cuadros, entre los innumerables consagrados á este asunto, que puedan satisfacer al sentimiento cristiano. ¿Cómo pintar el rostro de la Virgen al saber la gloria inefable de su maternidad divina? ¿Cómo pintar la luz que debió iluminar la casa de Nazareth al penetrar en ella el mensajero del Espíritu Santo? ¿Quién es capaz de expresar en una escena tan sencilla la grandeza infinita del misterio que representaba?

Tenemos entre nuestros apuntes algunos sobre la representación de este misterio, recogidos á presencia de los más famosos cuadros que hemos visto en Italia y España, y más adelante los coordinaremos para la REVISTA; por esto nos limitaremos ahora á llamar la atención de nuestros lectores sobre el cuadro que hoy reproducimos, ejecutado por Tadeo Zúccaro, y existente en la Capilla de la Anunciación del colegio de los Jesuitas en Roma.

Es una vasta composición alegórica, donde se desarrolla con admirable claridad y energía el misterio de la Encarnación, anunciado por los profetas, regocijo de los ángeles, salvación y vida del mundo.

## UN DIA DE VIAJE.

—Anda! ¡anda! había dicho á Obidiah su dueño. ¿Ves aquel punto del horizonte casi velado aún por la niebla matutina? Es el feliz término de tu viaje.



LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA — (CUADRO DE ZUCCARO.)

Y se alzarán, hinchéndolos el gozo, Mis huesos abatidos.

10. *Averte faciem tuam á peccatis meis: et omnes iniquitates meas dele.*

10. Del cuadro, que ennegrecen mis pecados, Aparta tu mirada; Borra todos mis crímenes pasados, No dejes de ellos nada.

11. *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*

11. Haz en mí un nuevo corazón, que sea

13. Vuélveme la alegría saludable, Que emana de tu seno, Y en poderoso espíritu inmutable Affirmame de lleno.

14. *Docebo iniquos vias tuas: et impii ad te convertentur.*

14. A los inícuos mostraré las vías Por do tus juicios van, Y, al oírme, las almas hoy impías A tí se tornarán.

15. *Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutaris*

17. *Quoniam si voluisses sacrificium, dedissem utique: holocaustis non delectaberis.*

17. Porque, si un sacrificio te agradara, Díratelo al momento; Pero no te deleita sobre el ara Holocausto cruento.

18. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum el humiliatum, Deus, non despicies.*

18. El sacrificio á Dios es el gemido De un alma atribulada;

20. Entonces justo sacrificio, y dones Aceptos te serán, Entonces los becerros á montones Sobre tu altar pondrán.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

(1) Tomamos esta versión del precioso libro que acaba de publicar D. Fernando de la Vera é Isla acerca del *Miserere*, libro curiosísimo de que hablaremos más adelante.



El camino que has de seguir es recto y no ofrece peligros, por más que sea algunas veces penoso; pero allí te esperan luego por la noche la tranquilidad del que ha cumplido su deber y el descanso, justo premio de las fatigas del día. Ten presente que para el trabajo naciste. ¡Anda! ¡anda!

Y Obidah dejó la casa temprano y emprendió su viaje por la llanura.

Dispuesto y vigoroso, movido por la esperanza y alentado por el deseo, cruzaba ya infatigable los valles y dejaba tras sí los escalonados cerros. Era al amanecer, y deleitábanse sus oídos con el primer himno de las aves cantoras, refrescábanse sus sienes con las gratas caricias de la juguetona brisa, y humedecíanse sus labios con el embriagador rocío de una vegetación lozana.

—¡Anda! ¡anda! había dicho su amo.

Pero se paró un poco á contemplar la frondosidad y corpulencia de una encina, alta como una torre, reina de aquellas colinas; detúvose otro momento para percibir enajenado la suave fragancia de una violeta, hija predilecta de los primaverales días. Halagados sus sentidos, hasta llegó á olvidar su deber y á desterrar todo cuidado de su corazón impresionable.

Sin embargo, en medio de sus distracciones creyó oír de nuevo la voz de su amo que repetía:

—¡Anda! ¡anda!

Y Obidah siguió andando; siguió embelesado, hasta que el sol, aproximándose al meridiano, le hizo experimentar toda la fuerza de sus rayos. Sentía ya calor, sentía la incomodidad de la sed, y miró alrededor suyo por si divisaba más cómodo camino.

Vió á mano derecha otro sendero, lindando con un verjel que convidaba con gratísima sombra. Tomó aquel nuevo sendero, y halló efectivamente un verdor y una frescura de irresistible atractivo.

¡Anda! ¡anda! había dicho el amo. Y recordando entonces la dirección y el objeto de su viaje, vió con satisfacción grande que aquella senda, bordeada de olorosas flores, parecía tener la misma dirección que el camino que se le había encargado, y se alegró de conciliar con tan feliz descubrimiento el placer con el trabajo, pudiendo obtener el premio de la diligencia sin sufrimiento ni fatigas.

Tranquilo anduvo mucho tiempo, placiéndose no obstante y distrayéndose á veces con la amenidad de aquellos sitios encantadores. ¡Eran tantas y tan hermosas las florecillas que tapizaban el suelo, tan agradables los trinos de los ruiseñores que á la sombra del ramaje se acogían, y tan sabrosas las frutas que de las ramas colgaban!... Hubo de olvidarse un poco en aquel delicioso pensil, hasta llegar á un punto en que la dirección del sendero declinaba entre caprichosos collados, mágicas espesuras, frescos y juguetones manantiales y sonoras cascadas. La tentación era grande, y descansó en aquel sitio.

—¡Anda! ¡anda! había dicho la voz de su amo que aún en sus oídos resonaba. ¡Anda!

Obidah quedóse pensativo y ciertas cuitas le turbaron. ¿Habría obrado con imprudencia, abandonando el camino conocido y que tanto se le había encargado? Pero en la llanura los rayos del sol abrasaban entonces, y era insoportable el polvo, y á trechos lastimaba los pies la desigualdad del pedregoso terreno. ¿Qué hacer! ¿No era cuerdo sospechar que sólo daría por la senda de su elección un pequeñísimo é insignificante rodeo, y que acabaría al fin por tomar la ruta primitiva, ganando mucho en cambio con la variedad y amenos accidentes de aquellos lugares en que se hallaba? Resolvióse á proseguir por el nuevo sendero que había emprendido.

—¡Anda! ¡anda! parecióle oír por vigésima vez.

Y apresuró su paso, tratando de calmar sus inquietudes, aunque en vano. Parecíale á veces que ganaba terreno, estaba intranquilo, sentía amargadas las dulzuras del viaje; pero trataba entonces de distraerse, abandonándose más y más al placer que le causaba cada objeto y deteniéndose á saborear cada sensación que le halagaba. Parábase á escuchar con deleite todos los placenteros rumores del verjel, quería subir afanoso á todas las pintorescas colinas, quería examinar de cerca las agradables cascadas y saborear una y otra vez las cristalinas aguas de los ríos que entre los árboles con

caprichosos serpenteos se deslizaban, recorriendo por medio de innumerables rodeos tan espaciosa y risueña campiña. De suerte que, largas horas, sin contarse, pasaban en entretenimientos tales.

Sin embargo, sus vueltas y revueltas, sus idas y venidas, sus complicados paseos habían de tal modo confundido su memoria, que olvidado algún tiempo de su deber, ignoraba ya de qué punto había venido, y hacia qué lado debía dirigirse para llevar á feliz término el encargo. Paróse pensativo, confuso, y hasta temeroso de continuar su viaje, en la incertidumbre en que se hallaba. Desorientado, apercibiéndose, por colmo de desdicha, que el día declinaba y el sol había desaparecido ya detrás de las arboledas de las últimas alturas.

—¡Anda! ¡anda! repitió en tanto la voz de su conciencia.

No era ocasión de seguir vagando; era precioso el tiempo, y los momentos de aprovecharlo apremiaban. ¿Qué resolver? ¿Cómo haría para que no le sorprendiese la noche en el desierto? Mientras la incertidumbre y el desasosiego le atormentaban, el cielo iba encapotándose, y no sólo desaparecía la claridad del día, sino que una miedosa tempestad se iba formando de improviso sobre su cabeza.

En vista del peligro presente, avivóse en su alma el recuerdo de su anterior locura, y maldijo la hora en que, obedeciendo á instigaciones de un fugaz placer, se había separado del camino verdadero; vió la dicha perdida por haber querido consultar lo más fácil, desoyendo los sesudos consejos de su dueño; lamentó muy de veras su capricho pasado, su poca paciencia que le había hecho buscar sombra y frescura en el verjel, irritándose consigo mismo al pensar en la ligereza y curiosidad mezquina que de seducción en seducción á su pérdida le arrastraba.

Entanto, nubes más opacas y pavorosas se amontonaron confusamente en lo alto, y las meditaciones y los lamentos de Obidah fueron interrumpidos de repente por un horrísimo trueno, que retumbando con inconcebible estrépito, parecía repetir:

—¡Anda! ¡anda!

Hizo Obidah un esfuerzo sobre sí mismo, y tomó una resolución heroica. Trató ya de retroceder inmediatamente, trató de desandar lo andado, si podía, buscando á toda costa la senda que del bosque daba salida á la llanura. Postróse ántes en tierra, encomendándose fervorosamente al Señor de lo creado.

Aquel acto de fé y humildad le tranquilizó algún tanto; haciéndole acariciar cierta celestial esperanza.

Apresurábase, escudado como pudo y con daga en mano, oyendo á su alrededor los rugidos de las fieras del desierto, que desconcertadas habían abandonado con la noche y la tormenta sus covachas, vagaban sin rumbo, y llenaban la selva con gritos de rabia y espanto. Todo era desquiciamiento y destrucción. Parecía que las cataratas del cielo se desplomaban; el huracanado viento silbaba con violencia, y hacía crujir y tronchar las más recias ramas de los árboles, conmoviendo hasta los troncos seculares: de las colinas caían impetuosos torrentes, y las sombras, que por todas partes cubrían la tierra, aumentaban fantásticamente los horrores de aquella noche infernal.

Abandonado Obidah á sí mismo y aturdido, andaba, andaba sin aliento y desorientado, figurándose á cada instante hallar allí una muerte segura. ¿Cuánto oró y qué grande era su arrepentimiento! Despavorido, jadeante, con un convulsivo temblor en las piernas y pronto á desfallecer de cansancio, iba á caer rendido al suelo, resignándose á su triste suerte, cuando pareció reanimarse á la voz del mandato que el huracán misteriosamente repetía:

—¡Anda! ¡anda!

Y entrevió una luz providencial que detrás de unos matorrales brillaba como para dirigir sus pasos. Encaminóse hacia aquella claridad, reconociendo pronto que procedía de la pobre choza de un eremita.

Llamó humildemente, y fué admitido en la cabaña. Es más: allí le ofreció el ermitaño frugales provisiones, que nuestro viajero comió con avidez y gratitud. ¡Pobre Obidah! ¿Cómo no había de estar agradecido al que tan benévolamente le acogía, permitiéndole reparar sus desfallecidas fuerzas?

—Dime, preguntóle el venerable anciano: ¿qué

casualidad te trae é estos desiertos? Veinte años hace que vivo en medio de esta naturaleza salvaje, y jamás vi otro hombre más sumiso y digno de lástima.

Obidah, confuso, refirió entonces todos los incidentes de su viaje, todas las peripecias de aquel día fatal, confesándose culpable con arrepentimiento y sin disimulo.

—Hijo mío, le dijo el ermitaño, sólo deseo que los errores y extravíos, los peligros que has pasado y la salvación que aquí encuentras en este día queden grabados profundamente en tu alma. Muchos son los que como tú se levantan en la mañana de la vida, llenos de ardor y esperanza, caminando algún tiempo por el camino recto de la piedad hacia la mansión de un reposo halagüeño. Pero se entibia su entusiasmo al poco tiempo, y tratan de hallar el mismo fin por una senda de flores, buscando grata sombra y perdiéndose insensiblemente en los seductores verjeles del placer, con la ilusión de no abandonar sin embargo el camino de las virtudes. Allí la vigilancia disminuye, el corazón se afemina, á una tentación sucede otra tentación, y detrás de una condescendencia viene otra. Tratan de vencer todo escrúpulo, toda desconfianza, y tiempo viene en que, ciegos, llegan á ahogar las inquietudes de la inocencia, olvidándose por grados de su intención primitiva y hasta del objetivo racional de su deseo. Perdidos entonces en el complicado laberinto de la inconstancia, ven que la oscura ancianidad les sorprende y mil males les obstruyen el paso. Son pocos los que como tú lloran y miran con horror sus pasados extravíos, arrepintiéndose de haber abandonado la verdadera vía. La virtud todo lo consigue, hijo mío, y aprende á no desesperar. Aunque haya sobrevenido la noche y estén casi agotadas tus fuerzas, siempre queda un rayo de esperanza para el que está decidido á hacer el último esfuerzo, porque nunca faltan auxilios providenciales á una voluntad decidida. Descansa pues ahora, Obidah, descansa tranquilo, y cuando la luz del nuevo día te llame al trabajo, prosigue tu viaje y no desoigas jamás el grito que, indicándote el verdadero camino, repite:

—¡Anda! ¡anda!

Tal es con otra extensión y diversa forma una edificante moraleja del inglés Jhonson. Bello es el pensamiento que inspiró la alegoría.

C. SOLER Y ARQUÉS.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Conclusión).

—Como de mí mismo, mi coronel.

—Cuando llegue la postrera hora...—añadió el conde...

Bolnyi le miró con tal aire de sorpresa, que el conde se detuvo.

—Digo la postrera hora... tú no puedes entender eso, Juan: no es contra los hombres contra quien tenemos que combatir, es contra el destino. El momento fatal se acerca... lo sé, lo sé, y es menester que no nos coja desprevenidos.

Tenía razón Lacuzan. Bolnyi no entendía una palabra. Y sin embargo, escuchaba con atención suma, era todo oídos.

Pero el torrente de pensamientos que se atropellaban en el cerebro enfermo del conde acababa de cambiar.

—¡Juan!—dijo de repente con más tristeza que severidad,—has hecho mal en engañarme.

—¡Yo! ¡yo engañaros, mi coronel!—exclamó Bolnyi.

—Hay un hombre dentro del castillo de Grail.

Bolnyi bajó los ojos y se le mudó el color. La mirada ardiente de Lacuzan parecía penetrarle hasta el fondo del alma.

—¡Un hombre!—murmuró por fin el dragon,—yo no creo que aquel sea un hombre, mi coronel.

—¿Es decir que hay alguien?

—Ocho días hace ahora... respondió Juan,—era una noche muy oscura: Horesko y yo estábamos



de guardia encima de la muralla... vimos pasar una sombra que se deslizó del terraplen hacia el alto del tejado y desapareció por el cañon de una chimenea.

—Y despues?

—Despues nada, mi coronel.

—¿De veras?

—De veras.

Lacuzan se quedó un momento pensativo.

Despues levantó su hermosa frente, donde el sufrimiento iba cavando desde hacía algunos dias las primeras arrugas.

—No es de eso de lo que yo queria hablarte,—añadió bruscamente:—¿qué te iba diciendo?

—Me decia V. E., mi coronel,—respondió Bolnyi con cierta repugnancia:—cuando llegue la postrera hora...

Lacuzan se estremeció de piés á cabeza.

—¡Es verdad, es verdad!—exclamó.—Y va á llegar la hora postrera; va á llegar... ¡A los veintidos años... porque no tiene más que veintidos años!...

Cubrióse el rostro con ambas manos, y exhaló un suspiro de lo profundo de su pecho. El dragon le miraba con respetuosa lástima.

—La sala de los baños está precisamente debajo de la habitacion de la condesa,—prosiguió repentinamente Lacuzan, con voz desabrida y ronca:—vas á colocar allí un barril de pólvora.

—Bien, mi coronel.

—Cuando yo te diga, abrirás todas las puertas del castillo, cogerás en brazos á mi cuñada Blanca: otros dos números harán lo mismo con la doncella y con esa pobre mujer que llaman la Chaumel; tendrás los caballos preparados en el patio; pondrás fuego á una mecha de tres pulgadas, que aplicará al barril de pólvora, y en seguida mandarás: ¡A galopel!

—Pero...—quiso replicar Bolnyi.

—Tranquilízate, los criados están ya advertidos. Para entónces ya no quedará ninguno en el castillo del Grail.

—¡Pero vos, señor conde! ¡Y la señora condesa!

—¿Yo?—dijo Lacuzan, cuyos labios se contrajeron, dejando escapar al mismo tiempo un amargo suspiro.—Yo con María... nos iremos... por otro camino.

En este momento se levantó un gran clamoreo fuera del castillo. Millares de voces gritaban:

—¡Barba-azul! ¡Barba-azul! ¡Muera Barba-azul!

Bolnyi le mostró al conde por una tronera los descamisados, que estaban ya encendiendo sus fejes de leña.

—Haz lo que tú quieras,—le dijo Lacuzan con indiferencia, contemplando la turba y escuchando la gritería.

El dragon saludó militarmente y se fué.

Un momento despues, el puente levadizo crujía bajo las pisadas de quince briosos caballos, montados por quince bravísimos dragones, á la cabeza de los cuales galopaba Juan Bolnyi.

Los quince dragones despejaron el campo, y no quedó allí nada de aquel innumerable ejército de vocingleros, que habian venido de Rennes á pié, á caballo ó en coches.

A todos se los tragó la tierra.

Badabreux comparó despues muchas veces la carga de los dragones de Lacuzan, al *aquilón furioso*, que destruye cuanto encuentra á su paso.

Tres de las hermanas Trecoché fueron halladas sin sentido al borde del foso. Mormichel despues de haber tratado en vano de meterse en la madriguera de un topo, se subió á un árbol, de donde al fin se cayó de susto.

Vivé se abalanzó al coche de la señora vizcondesa de Turlutaine, en donde la vizcondesa de Galirouet trabajaba por hacer volver en sí á la vizcondesa de Le-Brec-del-Lartz-de-Cramayeul-en-Gevezon-las-Fosees-sobre-Papayoux, que presa de un espantoso ataque de nervios clavaba las uñas en las pantorrillas postizas del señor de Polbriant.

¡Por medio del algodón podrian hacerse almas verdaderamente estóicas!

En medio de estas grandes derrotas, todas las clases aparecen confundidas. Aquello era un *totum-revolutum*, donde era imposible reconocer á nadie. Las dos Trecoché, que no se habian desmayado, á la orilla del foso perdieron sus pañuelos nuevecitos, con pintura de oros, copas, espadas y bastos. Guillermina Barbedor los encontró; pero no la fué

tan fácil encontrar á su marido hasta que éste no se cayó del árbol.

En fin, nunca una expedicion emprendida por motivos de filantropía, tuvo desenlace más deplorable.

Pero despues de todo, no se habia hecho más que espantar al asqueroso enjambre de moscas que zumbaban alrededor del castillo. Bien sabía Lacuzan que esto no era difícil. La catástrofe continuaba á pesar de esto siendo inminente.

Para cortar el hilo tan delgado de que pendia la vida de la pobre María, era bastante una mirada indiscreta; menos aún... bastaba con un espejo de veinticuatro suses que como por arte de encanto fuese á caer en el gabinete azul...

Ahora bien; Alberto de Coetlogon y sus compañeros habian aprovechado el momento en que el puente levadizo se quedó sin guardias para entrar en el castillo. Alberto de Coetlogon venía á ofrecer sus servicios al conde, y ni siquiera sospechaba que su presencia pudiera poner materialmente fuego á la pólvora.

Por otra parte, cuando Bolnyi, al frente de sus dragones, despues de la fácil victoria, acababa de repasar el puente, en el momento en que se ponian tirantes las cadenas y el puente, comenzaba poco á poco á elevarse, un hombre, ó por lo menos un sér de humana forma, saliendo repentinamente de la selva, dió un salto de orangutan, se agarró de las cadenas, trepó por sus eslabones y llegó á la cornisa del primer piso.

Llevaba en la mano un objeto que agitaba por encima de la cabeza, y en el cual se reflejaban los rayos del sol moribundo.

Aquel hombre gritaba:

—¡Ella se verá! ¡Ella se verá! ¡Y morirá!

Veamos lo que pasó en el gabinete tapizado de terciopelo azul oscuro: allí se desarrolló todo un drama mudo, cuyas peripecias hubieran podido ser alumbradas por el brillo fugaz de una chispa eléctrica.

Aquel drama no duró un segundo.

María estaba dormida en el sofá. Pichenet arrodillado delante de ella. Despues de haberla locionado la cara volvía á colocar la máscara. Blanca hacía la centinela para que Lacuzan no viniera á sorprenderles.

Una ventana crujió y cayó hacia dentro hecha pedazos.

María se despertó sobresaltada.

Al mismo tiempo se abrió una puerta.

Por la ventana saltó en medio de la habitacion un hombre harapiento con la cara negra y siniestra.

Por la puerta apareció el conde de Lacuzan al mismo tiempo.

Vió á Pichenet, pero no le mató inmediatamente, porque vió tambien á Malbrouk que alargaba á la condesa un espejo de veinticuatro suses.

Con un ademán más rápido que el pensamiento, María se quitó la máscara y se vió en el espejo á grandes rasgos.

Malbrouk lanzó un aullido de triunfo que se trocó en un grito de angustia, porque Lacuzan le cogió al mismo tiempo por el cuello, le levantó en vilo medio estrangulado, y le arrojó por la ventana.

Y Bolnyi, que venía corriendo en su persecucion, le mató al vuelo entre cielo y tierra de un tiro de carabina.

De suerte que Malbrouk fué ya un cadáver que cayó al foso.

María ni siquiera se dió cuenta de todo esto: no habia visto nada más que el espejo, y en el espejo su cara.

—¡Oh! ¡Qué fea estoy!—exclamó sonriéndose.

Lacuzan la miró y quiso caer trastornado.

El rostro de María habia recobrado toda su esplendorosa hermosura.

Lo que hacía decir á la coqueta: *¡qué fea estoy!* eran algunas arrugas casi imperceptibles, y un poco de tirantez que sentia al redor de sus ojos encantadores.

—¿Tú no sabes?—murmuró acercándose á Lacuzan.

—Ha habido dias en que creía que habia tenido el mal de infierno.

El conde estaba como ébrio.

Blanca tenía los ojos arrasados en lágrimas de alegría. ¡María salvada! ¡María restituida á su antigua dicha, y con tal arte que ni siquiera sabía que habia estado balanceándose al borde de su tumba!

Lacuzan, por su parte, miraba á Pichenet con una especie de terror.

—¿Quién es usted?—balbuceó.

El jóven doctor le respondió con dulzura:

—No se acuerda usted ya de aquel pobre muchacho bailarín de maroma á quien usted salvó la vida?

—¡Ah!—dijo Lacuzan,—sí, bien me acuerdo: por entónces osaba usted...

Blanca se levantó y cogió las dos manos á Pichenet, lanzando al conde una mirada de censura.

Alberto de Coetlogon apareció en la puerta entreabierta al mismo tiempo que Blanca tenía cogidas las manos de Pichenet.

—¡Voto á brios!—dijo,—usted, compañero de viaje, me habia jurado por su honor que no venia aquí por hacerme mal paso.

Pichenet le replicó sonriéndose.

—Y se lo juro á usted todavía.

—Y entónces ¿por quién venia usted?—exclamó Lacuzan.

Pichenet levantó la portier que cerraba el gabinete contiguo y volvió abrazado á una pobre mujer que lloraba de pura felicidad.

—Por mi madre, señor conde,—respondió.

Habia quizás en estas palabras un tantico de tristeza, pero la Chaumel abrazó á su hijo con delirio.

Y Pichenet, irguiendo su frente jóven y altiva, oprimió á la buena mujer contra su corazon diciendo:

—Yo, señores, no amo más que á mi madre.

Podríamos muy bien acabar aquí este libro, porque el lector se figura perfectamente que Lacuzan y Alberto tuvieron en adelante á mucha honra el ser amigos de Pichenet, y lo mismo María. ¿Pues y Blanca?...

Pero tenemos aún que consignar muchos hechos importantes. El señor marqués de Noyal, viendo que todo habia salido bien, dijo con mucho énfasis.

—¿Creen ustedes que si todo eso hubiera sido sério, no me hubiera yo ocupado un poco más de mis hijas?

La cuarta de las hermanas Trecoché se quedó coja de un retortijon que se dió en el sitio del castillo de Terciopelo.

Guillermina Barbedor, que abrevió la existencia de su Mormichelito á fuerza de pegarle, le hizo construir á buena cuenta un mausoleo sólido y elegante.

Vivé el portero llegó á filósofo, y suministró algunos artículos sustanciosos más bien que no brillantes á la enciclopedia. Varias corporaciones sábias le acogieron en su seno.

Si la señora vizcondesa de Le-Brec-del-Lartz-de-Cramayeul-en-Gevezon-las-Fosees-sobre-Papayoux, habia cometido algunos pecadillos en su vida, tuvo un castigo cruel. Badabreux llegó á agradaarla. La verdad puede algunas veces no ser verosímil. El solteron, deseoso de comer todos los dias, se casó con la vizcondesa, que tres meses despues fué llevada á una casa de locos.

El imposible Badabreux la habia encajado veintidos millones de versos trágicos en noventa dias.

La locura de la vizcondesa consistia en tomarse á sí misma por el monstruo de la relacion de terámenes, cuya cola se encorva en repliegues tortuosos.

Las demás vizcondesas continuaron llamando á Lacuzan *Barba-azul*. La vizcondesa de Turlutaine fué la única que alcanzó la respetable edad de ciento siete años.

En cuanto á nuestros otros personajes, ningun incidente novelesco señaló su vida.

Creeríamos consumir un acto de pedantería si recordáramos aquí solemnemente que hubo en el siglo XVIII un curandero llamado Adriano Chaumel, natural de Bretaña, que fué médico del Rey y que supo adquirir gran celebridad por su tratamiento especial de las afecciones endémicas.

M.<sup>me</sup> de Pompadour no le queria gran cosa, porque nunca aplastaba *al infame*, y Mr. de Choiseul le detestaba por saber que desaprobaba la guerra hipócrita é injusta declarada á la Compañía de Jesús por la liga de cortesanos, de jansenistas y de



ateos. Cítase esta respuesta dada por él en presencia del Rey al presidente Rolland, que se quejaba de ser perseguido por venganza de los jesuitas:

—Caballero, se engaña V.: los padres no se vengan, pero Dios les venga.

Ya veis que éste no era un filósofo.

FIN.

## MISCELANEA

Con el epígrafe de *Obra notable publica La Voz de Cuba* que acabamos de recibir un artículo en elogio del libro del Jesuita P. Viñes, sobre los huracanes de la Isla de Cuba.

Hace tiempo que deseábamos hablar de los trabajos del docto jesuita, tan querido en Cuba, donde es consultado como un oráculo por los marinos de todo el mundo que arriban á la Habana; el artículo del periódico cubano nos facilita la tarea, y vamos á transcribir los principales párrafos:

«Bajo el epígrafe de *Apuntes relativos á los huracanes de las Antillas en Setiembre y Octubre de 1875 y 76*, ha publicado un precioso libro el R. P. Benito Viñes.

Modesto, muy modesto nos parece el título con que se ofrece al público el discurso leído ante la Real Academia de Ciencias por tan distinguido socio de mérito. En sus páginas, que hemos leído con avidez, encontramos algo más que apuntes relativos á determinados huracanes. Los preciosos estudios hechos á costa de penalidades y trabajos respecto á la inundación que constituye una constante amenaza para los intereses de los hacendados en una gran parte de las ricas jurisdicciones de Colon y Cárdenas, ofrecen como resultado el descubrimiento de las causas á que obedece la inundación y de los sencillos medios preventivos que pueden utilizarse para evitar sus desastrosos efectos.

No necesitaba de otro título la obra que examinamos para merecer la estimación general de la isla en que se publica, y sobre todo de las jurisdicciones cuya fértil cosecha puede salvarse del peligro de inundación y aún aprovechar para riego del terreno las causas que la producen, con el pequeño sacrificio de lo que vale una sola zafra de alguno de los ingenios inundados en el último año.

Pero el mérito principal de la obra consiste, á juicio nuestro, en la precisa y fácil descripción de los huracanes de las Antillas, en la determinación de las leyes físicas á que obedecen, y en las deducciones que con profundo estudio ha podido el R. P. Viñes sacar de la propia, constante observación y de los ajenos datos.

Conocidas, aunque no muy generalizadas ni exentas de exageración, la teoría de Redfield y la ley de Buys Ballot, empezaba la Meteorología á poseer

exacto conocimiento del fenómeno físico más conocido con el nombre genérico de huracán que con el peculiar y gráfico de ciclón. Existía, sin embargo, en la ciencia un lamentable vacío. Los autores que sobre el particular podían considerarse más idóneos, hablaban por referencia, y sentando teorías desde su gabinete, no podían utilizar ciertos detalles prácticos, ni estudiar por sí mismos las fases diversas y los caracteres propios de tan terribles meteoros.

Al ilustrado autor de la obra que examinamos, cabe la gloria de haber sido el primero que descortiese para esta antilla el denso velo con que aparecía misteriosamente cubierto un fenómeno que se calificaba como de extraordinario é imposible de prever, y que sin embargo tiene sus leyes físicas, su dirección aproximada, y sus infalibles señales de aproximación.

La obra del R. P. Viñes ofrece á la ciencia preciosos datos y consideraciones, al describirse el mecanismo y constitución física de la tormenta; la trayectoria media de los huracanes con sus irregularidades y distinta velocidad de traslación; las investigaciones relativas al cuerpo del meteoro y las observaciones de los fenómenos que le preceden y le siguen. Encuentra asimismo la ciencia una concisa pero brillante refutación de la errónea teoría de M. Faye respecto á los torbellinos atmosféricos descendentes; y una demostración cumplida de la existencia de los anti-ciclones, con descripción exacta de los fenómenos que caracterizan estas áreas de máxima presión, indispensables precursoras de los temporales giratorios.

El marino y el agricultor, el observador y el hombre menos familiarizado con la ciencia, encuentran á su vez, bajo sencillas descripciones al alcance de todos, la relación circunstanciada de aquellas gráficas señales que anuncian la aproximación de un temporal, la demora de su vértice y el punto hacia el cual avanza con lentitud suficiente para prevenir y evitar algunas veces sus extragos. Bajo este punto de vista, el libro que examinamos debe circular profusamente en nuestras ciudades, nuestros campos y nuestros buques.»

El artículo termina de este modo:

«Sentimos no disponer de la necesaria competencia para examinar con detenimiento alguno de los importantes capítulos de esta obra. Personas más autorizadas podrán emitir su juicio profundizando en todos sus detalles; á nosotros nos basta con llamar de una manera muy especial la atención del público sobre tan notable trabajo, y con felicitarnos de que para desmentir el estado de ignorancia y abandono en que suelen injustamente considerarnos los extranjeros, se haya escrito en nuestro hermoso idioma el más importante estudio teórico-práctico de los huracanes.»

El P. Viñes, como el malogrado P. Sechi y tantos otros sabios católicos, son la mejor protesta contra las calumnias de los impíos.

## ANÉCDOTAS

Filipo, rey de Macedonia, cayó un día del caballo cuando se estaba ejercitando en la lucha, y mirando muy pensativo la forma de un cuerpo impreso en el polvo:

—¡Oh, Hércules! dijo á su escudero, cuán poca tierra basta para un hombre, y en qué poco pende su existencia; y sin embargo, somos naturalmente tan codiciosos, que deseamos ser dueños del mundo.

\*\*\*

El príncipe de Conti convidó á comer á Voissenon. Este se distrajo y no asistió á la comida. Dijéronle que por este motivo el príncipe estaba muy enojado con él, y determinó presentarse y disculparse el primer día de audiencia.

Hízolo así, pero el príncipe, apenas le vió, le volvió la espalda.

—Señor, le gritó Voissenon, me habían dicho que me teniais odio, pero gracias á Dios que veo todo lo contrario.

—¿Cómo lo veis? le preguntó el príncipe.

—Porque V. A. me vuelve la espalda, y esto no lo hace nunca con sus enemigos.

Solución al jeroglífico anterior:

La vida cristiana está basada en los Mandamientos.

## JEROGLÍFICO



(La solución en el próximo número).

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

## SECCION DE ANUNCIOS

### LIBRERIA CATÓLICA DE SAN JOSE

Obras publicadas.

TRATADO DEL ESPÍRITU SANTO: 24 rs. en rústica, y en pasta 32 reales en Madrid y 34 en provincias.

JESUITAS! por M. Paul Féval: 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias. Encuadernado en tela.

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA DE los conflictos entre la religión y la ciencia, de Guillermo Drapper, por el Padre Cornoldi: 4 reales en toda España, y 6 reales en Madrid y 7 en provincias en tela.

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por el Padre Mateo Liberatore: 12 reales en rústica, y en pasta 16 reales en Madrid y 17 en provincias.

LEON XIII Y LA SITUACIÓN DEL PONTIFICADO, por el doctor D. Urbano Ferreiroa, presbítero: un volumen en 8.º con el retrato de Su Santidad en fotografía: 7 reales en toda España, y 9 reales en Madrid y 10 en provincias en tela.

VICTOR O ROMA EN LOS PRIMEROS tiempos del Cristianismo, novela histórica-religiosa por el Padre F. Gay: 7 reales en Madrid y 8 en provincias, en tela.

CURSUS SCRIPTURAE SACRAE, seminario usui accommodatus, Opera Francisci Xaveri Schouppe, s. j.; editio prima, Acurante D. Joachin Torres, presbítero: 24 reales en rústica, y 28 en Madrid y 30 en provincias, empastados los dos tomos en un solo volumen.

También se ha encargado la librería de San José de la propaganda y venta del *Almanaque católico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptación ha comenzado á publicarse este año: forma un volumen en 8.º, y se vende encuadernado en cartón á 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Todas estas obras se venden en Madrid en el taller de encuadernar de la Librería de San

José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina á la prolongación de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdiguerro y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de los correspondientes y en todas las librerías católicas.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso y Zegri, Madrid.

### ESTAMPAS

En la Administración de este periódico, se venden pliegos que contienen treinta y tres estampas iluminadas, representando otras tantas imágenes que visita la Corte de María.

Son propias para premios en los colegios y para registros de los libros. Precio de cada pliego, 4 rs.

### GRABADOS

En la Administración de este periódico, Cava Baja, núm. 40, piso segundo, se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los días no festivos.

### JUBILEO

Instrucción sobre el modo de ganar el Jubileo concedido por S. S. Leon XIII, compuesta por un redactor de *La Propaganda Católica* de Palencia.

Se vende á 3 cuartos ejemplar y á 34 reales ciento, franco de porte, en la Administración de dicha Revista, Barrio-Nuevo, 13, Palencia.

## LA ILUSTRACION CATÓLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscriptores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Cava Baja, núm. 40, 2.º en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscriptores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, Cava Baja, núm. 40, piso 2.º